

LAS CAUSAS DE LA DISMINUCION DE LA TENSION POLITICA INTERNACIONAL

Es indudable que la característica más sobresaliente del ambiente político estratégico actual es la disminución de la tensión, como consecuencia del apaciguamiento de las relaciones entre los dos grandes en que hoy día se centra la bipolaridad política. Este apaciguamiento, nos preguntamos todos, ¿a qué es debido? No es fácil hallar una explicación correcta, y mucho menos simplista, a este fenómeno que indudablemente es el que mueve los hilos y las intenciones de la política internacional. Quizá el primer factor sea el cansancio; no es posible mantener un estado de tensión y una carrera de armamentos años y años sin que desemboque en una guerra, que en este caso sería irremediamente atómica. El segundo puede que lo sea la mala situación económica que ha producido la carrera de armamentos atómicos a los dos grandes, pues hay que tener en cuenta el impacto en las finanzas producido en los dos países por las costosísimas experiencias de todo orden, tanto en lo que a explosivos se refiere como a los vehículos que los han de transportar al blanco. Las experiencias para alcanzar el espacio exterior, las de conquistar la Luna, enviar animales y hombres, que causaron al principio una extraordinaria sensación de asombro entre los humanos, fué aprovechada como instrumento de propaganda política y como importante palanca de la estrategia disuasoria, pero ya no surten apenas efectos, pues el público se ha acostumbrado a ellas, y son poco menos que consideradas como éxitos circenses a gran escala. Pero el dineral que han costado no parece que haya compensado los efectos conseguidos a este respecto. Otro factor de apaciguamiento es el haberse prácticamente llegado al final de la era colonial como consecuencia de la disolución de los grandes imperios mundiales. Por parte de Norteamérica, gracias a su postura anticolonialista, el aumento de su influencia económica en los países subdesarrollados ha sido conseguida en estos últimos veinte años. Rusia ha

perdido, al conseguir la independencia de las colonias ajenas, una de las bases más importantes en que descansaba su política de agitación a fines propagandistas, el apoyo a los pueblos que llamaba esclavizados por el imperialismo capitalista. Ahora ha entrado en la fase de ayudar a esos países, y eso es muy caro, y de muy poco rendimiento para la causa de la revolución, excepto en muy pocos casos.

Por otra parte, los países descolonizados han pasado ya por la época en que toda su política se centraba en odiar y denigrar a sus colonizadores; sus masas, que antes comían, lo hacen ahora con dificultad; el desempleo en dichos países es enorme y general; las tensiones entre ellos, muy grande, como consecuencia de sus fronteras completamente artificiales y anárquicas, sin el menor sentido geopolítico y muchas veces en contra del sentido común. Todo ello ha traído como consecuencia el cansancio de estas masas, y el que sus gobiernos hayan vuelto los ojos otra vez a sus antiguas metrópolis, de las que esperan recibir empréstitos, técnicos, sanidad y comprensión. Estas generalmente han regresado alegremente, fomentando los negocios que consideraban perdidos para siempre; en fin, la era de las fobias antiblancas está pasando en los países de color, con una consecuencia: un deseo de paz y una disminución de la tensión, especialmente entre los países neutralistas y el bloque occidental.

La gran facilidad de los viajes que ha traído el desarrollo de las industrias aeronáuticas, uniendo a países, hasta ahora alejados, en horas o minutos, y a un precio no muy elevado. El hecho de que los automóviles no se consideren como un lujo sólo accesible a los ricos, como sucedía antes, sino como una herramienta de trabajo que al mismo tiempo facilita los viajes en las épocas de descanso, ha traído un afán de conocimiento de otros países, que hace que millones y millones de familias enteras conozcan a las naciones cercanas, que siempre consideraron como enemigas o rivales, pero que al pasar los días destinados al descanso en ellas, se convirtieron de golpe, de enemigas, a considerarlas poco menos que como el paraíso al que se anhela volver en cuanto se pueda. ¿Con este clima así creado, cómo es posible hablar de guerras y destrucciones del país en que se pasan las vacaciones? El turismo es uno de los factores más importantes del apaciguamiento, del conocimiento y de la comprensión entre los pueblos; estos movimientos temporales y estacionales de ingentes multitudes a través de toda Europa, y posiblemente, dentro de poco, de todo el mundo, hace más por la paz que todas las conferencias que se reúnen con este propósito. No se

puede considerar enemigos, por un lado, a aquel que le brinda a uno el pan y la sal, y por el otro, al que le deja todos los años divisas que le ayudan a vivir y a rehacerse. El sentimiento de paz se va extendiendo año a año como una mancha de aceite, sin que los políticos atizadores de la tensión puedan contenerla.

Otro factor, y no el menos importante del apaciguamiento general, es el debido a la corriente de acercamiento de la juventud de todo el mundo. Los modernos medios de difusión: la radio, la televisión, la prensa, el cine, etcétera, han difundido, quizá, hasta cierto punto, para nuestro mal, un aspecto frívolo de la vida, la alocada y disonante música moderna, los bailes contorsionistas, el modo de vestir cuidadosamente descuidado, el afán de una vida internacional y cosmopolita reñida con los particularismos, la admiración universal por determinadas estrellas de cine de ambos sexos, convertidos en ídolos mundiales, que juntos con otros motivos, todos ellos completamente apolíticos, han creado una corriente de acercamiento, comprensión y simpatía entre toda la juventud mundial que ha traspasado las fronteras e incluso el telón de acero con un vigor incontentible, que los dirigentes no pueden soslayar. La unión espiritual de todas las juventudes del mundo es una herramienta de la paz de tremendo alcance.

Otro de los factores que contribuye a este estado de cosas es el cambio de los objetivos primordiales del individuo, que han pasado de ser especialmente políticos o religiosos, a económicos y culturales, centrándose en alcanzar un mayor nivel medio de vida. Las rivalidades entre los pueblos tienden cada día más hacia las competencias comerciales. El ser dueño de un territorio, de una provincia, de unas colonias, importa menos que el ser dueño de sus mercados; la descolonización pacífica se ha realizado siempre bajo este signo, aunque en muchas ocasiones no haya dado resultado, pero de todos modos ha importado menos dejar a los nativos la administración de los territorios, que los negocios en ellos existentes. Esta forma de pensar ha sido una de las principales causas de que no haya habido aún más guerras coloniales, pues excepto Francia y Portugal, el resto de las naciones colonizadoras han preferido llegar a acuerdos pacíficos en que se les respetasen sus inversiones y negocios.

También ha colaborado a esta tendencia general y casi universal hacia la paz, de una forma muy marcada, la pérdida de prestigio dentro de cada bloque político de los dos hegemones que hasta ahora los dirigían sin contraste ni discusión: Rusia y Norteamérica.

La primera de ellas no ha podido, ni aun blandiendo sus extraordinarios éxitos científicos en el espacio exterior, y con sus explosivos nucleares de doscientos megatones, ocultar sus tremendos fracasos interiores. La agricultura soviética ha alcanzado en estos últimos años los niveles más bajos de su historia, hasta tal punto que se ha vuelto a racionar muchos artículos alimenticios que ya hacía mucho tiempo estaban libres; las temibles colas han vuelto a aparecer, y con ellas una sorda irritación popular que no es posible dejar de oír. Este estado de cosas ha hecho necesario la compra de los excedentes de cereales a sus odiados rivales, los execrados países capitalistas, a los que les sobra el trigo. Toda la propaganda soviética no ha podido ocultar esta tremenda verdad, que en los países capitalistas no sólo no hay colas, sino que les sobra de todo, mientras que en ellos los campesinos no quieren o no pueden producir. Han achacado a circunstancias meteorológicas desfavorables, este estado de cosas; pero nadie se ha llamado a engaño, todo el mundo sabe que tanto la colectivización de la tierra, como la colonización de extensísimas estepas incultas, han fracasado rotundamente, y que la U. R. S. S. está abocada al hambre, y ¿de qué valen los cohetes gigantes y los «sputniks», si no se come? El oro almacenado a cuenta de innumerables sacrificios ha comenzado a salir de Rusia hacia las bien organizadas campinas occidentales. Después de tantos años de maldecir los métodos capitalistas, el fracaso no ha podido ser mayor.

En el campo ideológico han surgido complicaciones que han roto una de las más bellas fachadas de las doctrinas soviéticas: la unidad monolítica. Otro coloso demográfico, la gigantesca China, disputa a Rusia la posesión de la ortodoxia marxista-leninista; nada peor les podía suceder a los doctrinarios del Kremlin. Moscú era la nueva Roma de la doctrina materialista, pero he aquí que uno de sus hijos e invenciones, la China Roja, alza la bandera que Focas levantó en Bizancio contra la verdadera Roma, dando lugar al lamentable cisma que por primera vez dividió en escala mundial a Occidente. Mao Tse-tung y sus seguidores aún no han izado al extremo del mástil la bandera, pero todos los síntomas son de que no pasará mucho tiempo para que ésta suba al tope; en ese caso, las fuerzas militares rusas, tan cuidadosamente preparadas para su lucha con Occidente, tendrá que luchar en unas circunstancias que no fueron previstas. ¡Qué gran desilusión! Las profecías prefabricadas por el marxismo, no se cumplen.

Todas esas circunstancias han hecho que el ímpetu agresivo soviético haya entrado en un estado de relajación, que el pueblo ruso se sienta can-

sado de mantener una tensión política años y años y que los satélites traten de aflojar los lazos de hierros; en resumen, el deseo de paz también ha prendido en el otro lado del telón de acero.

El otro hegemon, los Estados Unidos, también se ha visto enredado en dificultades que han debilitado enormemente su prestigio entre los pueblos occidentales. La descolonización ha tenido para ella resultados inesperados y de dobles consecuencias. La primera de ellas ha sido la rebeldía política de los países sudamericanos. Al extender la doctrina del anticolonialismo, los Estados Unidos creían que ésta se iba a circunscribir a Africa y Asia, continentes en donde éste subsistía; pero no en América, carente casi en absoluto de colonias. Pero no se daba cuenta que el colonialismo puede tomar formas muy diversas, una de ellas la economía, y que casi todos los países del sur del Río Grande sentían la conciencia hace mucho tiempo de esa condición. Terminada, pues, la descolonización de Africa y Asia, comenzó a levantar cabeza en Sudamérica, siendo el primer país que iba a izar tal bandera—¿quién lo iba a decir!—aquel que debía directamente su independencia a Norteamérica, Cuba. Sus reivindicaciones en tal sentido despertaron una sorpresa y una gran irritación en Washington, que tomaron medidas draconianas de tal índole que echaron a Cuba en brazos del comunismo, en el que al principio no habían pensado. Después vino la política de apaciguamiento. La conferencia de Punta del Este, el Plan de Alianza para el Progreso, etc., pero el proceso está en marcha, y pese a la buena voluntad y sacrificios económicos de los norteamericanos, surgen por todas partes focos antinorteamericanos, que ellos son incapaces de contener y cuya última y peligrosa muestra han sido los últimos acontecimientos de Panamá, peligrosísimos para los Estados Unidos, y que en otras circunstancias Rusia hubiera aprovechado. Norteamérica, en medio de todo, ha tenido suerte.

El segundo desemboque de la gran política anticolonialista ha tenido consecuencias interiores de suma gravedad para Norteamérica. En pocas palabras se puede resumir así. Esta nación favoreció a ultranza la libertad de los pueblos negros de Africa, consiguiendo que sus representantes llenen los escaños de las Naciones Unidas. Pero en Norteamérica los negros no tienen los mismos derechos que los blancos. Este estado de cosas ha irritado a los negros norteamericanos, que no comprenden cómo se les niega dentro lo que se fomenta para los de fuera. La consecuencia de todo ello fueron las luchas raciales, culminadas, al parecer, con el vil asesinato del presidente

Kennedy, hombre de indudable buena voluntad. Al mismo tiempo, la muerte violenta del presidente de los Estados Unidos ha dejado estupefactos al resto de los países occidentales, que creían que Norteamérica estaba libre, y casi al margen de semejantes acciones propias de países revolucionarios y atrasados. Por si esto era poco, las circunstancias del crimen han sido tan tremendas, que el asombro de que en el gran país que dirige la suerte de Occidente puedan pasar esas cosas, no ha podido ser mayor. En resumen, el desprestigio político de los Estados Unidos ha sido enorme. ¡Menos mal que todo ello ha coincidido con los fracasos rusos! La confianza en el caudillaje de los Estados Unidos ha disminuído considerablemente, y un ansia de paz y concordia, hasta ahora latente, ha salido a la superficie con incontenible empuje.

En el mundo religioso han surgido anhelos hacia la unidad y la paz que han encontrado eco en el corazón de todos los hombres de buena voluntad, que gracias a Dios son la mayoría de los humanos. El Pontífice Juan XXIII fue el primero que alzó su voz en tal sentido, convocando como órgano para conseguirlo un Concilio Ecueménico. Las ideas por él sembradas fueron recogidas a su muerte por su sucesor Paulo VI, que al romper el secular inmovilismo de los Papas con su viaje a Tierra Santa, ha conseguido un movimiento general de unión entre todos los cristianos, y una demostración de respeto, de paz y de buena voluntad entre los no cristianos, que asombra. El Papa, al viajar con el simbólico ramo de olivo en la mano, ha encontrado adeptos en todos los corazones de los hombres, aun entre los de creencias más diversas, demostrando que el sentimiento de paz y entendimiento es incontenible, y que el relajamiento de la tensión política internacional no tenía por menos que suceder.

ENRIQUE MANERA REGUEYRA.